



#### REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.  
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condicion hacer la suscripcion por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 40.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Octubre de 1877.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

#### SUMARIO.

**Tabita, novela**, por don Joaquin José Cervino.—**La sombra del parque**, novela, por don Salvador Perez Montoto.—**A la señora doña Maria Mercedes Soler**, poesia, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Al pié de un altar**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variaciones**.

#### TABITA.

##### NOVELA RELIGIOSA.

¡Hija de los cielos! ¡Hermana de los ángeles! ¡Musa que inspiraste al tierno cantor de Eudoro y Cimodocea! Tú, que moras en las alturas eternas adornada con la brillante estola de la inocencia, desciende á mí en el día de la realizacion de las misericordias del Altísimo; desciende á mí, como el rocío que llenaba de perlas la rubia cabellera de la esposa en los pensiles de Salomon, como la brisa que encendió lenguas de fuego sobre la frente de los elegidos de Dios en el Cenáculo santo. No me inicies hoy sino en aquellos de tus misterios encantadores que tengan alguna relacion con el inefable misterio de

la salud humana, recordado con especialidad en este día por todos los que sintieron bañada su frente con el agua vivificante.

No lejos de la ciudad de David, y hacia la parte por donde el sol se manifiesta cuando el ángel de la mañana ha preparado sus brillantes caminos, se veia, diez y ocho siglos hace, una pequeña poblacion que parecia reclinada blandamente en la falda de una graciosa colina. Esta poblacion era Betania; y dijérase que el monte Olivete estaba sosteniendo sobre ella, como un amante para guardar el sueño de su querida, gracioso pabellon de pintadas flores. Tal era el aspecto que formaban los olivos, las palmeras, los sicomoros y abedules de su cumbre con enlazadas vides y rosales silvestres, proyectando su sombra, á los primeros fulgores del astro rey, sobre la adormida aldea. En ella moraba Tabita: Tabita, ejemplo de la mujer fuerte que el libro de los Proverbios nos describe; Tabita, que mostraba en su frente todavía el sol de la juventud, y sin embargo en sus mejillas aparecian, místicas ya, sino de todo punto agostadas, las rosas de la belleza. Frisaria á duras penas con los seis lustros; aunque era esposa y madre, el velo de las



viudas aprisionaba los risos de azabache de su luciente cabellera. Sus negros y hermosos ojos estaban avezados á mirar al cielo con la expresion de tristeza indefinible, ó á brillar un momento (como el relámpago que nace en el aquilon, y muere al tiempo mismo en el austro) para dirigirse á lo alto, acompañar hasta allí un suspiro, y cubrirse de lágrimas: sus labios se comprimian de vez en cuando como si quisieran saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba, y su túnica de lino, blanca, y sin mancha, como la cumbre nevada del Carmelo al nacer una de las auroras del Tebet flotaba descendida con gracioso descuido, y dejaba apenas adivinar que cubria un talle flexible y esbelto como las palmas de la Idumea.

¡Pobre flor! el jardinero que debe cultivarla no se cura de ella; ni del capullo lindísimo que á su lado crece: Abed, niño de doce años, que ha apartado de Tabita la ignominia de la esterilidad. Gamul, su padre, háse olvidado de la joya que debió al cielo para ornamento tal vez de su casa, y embriagado con el vino de la distraccion, anda errante, como el jacal por las orillas de los torrentes. Abed ha ya dias que no ha recibido una caricia de su padre. Tabita ha ya dias que no se ha oido llamar esposa; por eso sus labios se comprimian de vez en cuando, como si quisiera saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba.

¿Qué espíritu del abismo pudo ofuscar la razon de Gamul, y apartarle de la senda de felicidad que su morada le ofrecia, desde que los mancebos y las vírgenes cantaron por siete dias en ella las glorias que le esperaban por sus desposorios con Tabita? ¿Quién le convirtió de tierno amante en desabrido é indiferente, de natural y sencillo en reservado é hipócrita, de padre solícito en padrastro desamorado, de esposo venturoso de Tabita en esposo que ocasiona sus tristezas? Uno de los más perniciosos demonios de las profundidades infernales; peor que la ambicion, peor que la vanidad, y el orgullo, y el odio, y el fanatismo, porque es todo junto; el ansia, en fin, de mando público, la política, ese vértigo, esa enfermedad del alma, que le arranca á veces sus mejores afecciones, destruye sus mas dulces sentimientos, desvía sus mas rectas tendencias, apaga sus goces mas vivos.

Ella descarrió á Gamul, tan feliz con su mujer y su hijo, cuando imprimiendo un beso en la frente de los dos, se levantaba con la aurora para ir á cultivar su campo, envidia de los ricos de Betania: ella manchó la túnica de felicidad con que se vió adornada Tabita por muchos años,

quando al dorar el sol los romeros de las colinas de Thamna, veia llegar al padre de su hijo que le traia la primer flor de la primavera, la primer espiga del verano, el racimo primero del otoño. Pero un dia en que Gamul habia ido á Jerusalem, con ánimo de vender á mercaderes de Tiro las dos más hermosas becerrillas de su ganado, encontró al entrar en la ciudad por la puerta del Valle de las Aguas dos ancianos que trabaron conversacion con él, y le acariciaron y obsequiaron en gran manera y por súbita simpatía al parecer, aunque ya le conocian sin saberlo él, y disimulándolo ellos, á quienes mezquinos calculos é interesadas miras impulsaban á tan afectuosas demostraciones. En resolucion, Gamul volvió á Jerusalem un dia y otro dia, y vió á los dos ancianos una vez y otra vez; y entretanto, sintió Tabita irse apagando poco á poco la luz de su contentamiento, del mismo modo que la lámpara de su morada al consumirse el aceite que le daba la vida. Hacia tres años que no era dichosa, hacia tres años que su marido estaba afiliado en la hipócrita secta de los Fariseos.

En la ocasion á que nos referimos, Gamul habia ido tambien á Jerusalem, alegando un pretexto frívolo, para abandonar su casa, y habiendo prometido á su mujer que volveria en breve por ella y por el niño, á fin de concurrir juntos, cumpliendo con la ley, á celebrar la Pascua que se acercaba á toda prisa, y comer en los átrios del templo de la ciudad santa el misterioso cordero, segun las órdenes de Moisés. Era la noche que precedia á la víspera de la romería indispensable; las vírgenes y los jóvenes de Betania habian abandonado la poblacion, acompañadas del címbalo y del pandero, á cuyos alegres sonidos mezclaban sus voces, entonando los salmos con que Asap y los hijos de Coré celebraron las maravillas del Eterno: las madres habian ya salido llevando á sus hijos de la mano, ó defendiendo á los más pequeñuelos de las auras matinales de Marzo, abrigándoles contra el pecho, y envolviéndolos con las extremidades de sus mantos; los ancianos habian ido en pos, apoyados en sus báculos de cedro, y los pastores se habian dirigido á la capital de la Judea saltando por atajos y vericuetos, como los cabritillos de sus ganados. Desierta apareció Betania; á la indecisa luz de las estrellas que tachonaban las alturas del cielo, no se veia ni la sombra más leve divagando por sus calles; solo por entre las celosías de las ventanas de Tabita se escapaban algunos rasgos de una claridad temblorosa, prontos á desaparecer con los primeros fulgores del alba que no podia tardar. En efecto, el pri-



mer canto del gallo sacó bien pronto á la madre de Abed de la especie de estupor con que velaba al lado de su adormecido niño, sentada sobre un cogin.—¡Oh, Dios mío! no puedo más—dijo levantándose impaciente, corriendo á la ventana y abriendo con ímpetu de par en par las celosías. Miró á un lado y otro, y sin duda que no vió llegar al que esperaba su alma, porque en el instante dejó escapar un suspiro. Puso atentísimo oído por unos momentos, y escuchando solo muy á lo lejos el cantar de la codorniz madrugadora, comprimió suavemente los labios uno contra otro, levantó los ojos al cielo, y llevó enseguida su mano izquierda al corazón como para apretarlo, y con la derecha asió los bordes de su flotante y nevada túnica, y cubrióse el rostro como enjugando una lágrima.

—No (dijo despues con un ademan de resolución): no quiero, no puedo, no debo esperar más. Me engañará como me está engañando hace tanto tiempo; faltará á su promesa de venir para llevarme con ese inocente á la festividad de la Pascua.... ¡Y yo que he nacido entre las hijas de Sion, faltaré por débiles consideraciones á tan santo deber en tan solemne día! ¿Qué más hicieran las hijas de los incircuncisos? ¡Oh! no será. Abed, Abed, hijo mío, despierta, levántate...

Y el niño se levantó radiante de alegría y de belleza, como el lucero de la mañana que aparecía al mismo tiempo sobre la cumbre del monte de las Olivas, trayendo una de las alboradas más hermosas que suele regalar á la Palestina el equinocio de las flores.

—¡Hijo mío! ¡mi consuelo!... ¡qué hermoso eres! dijo la madre recibéndole en sus brazos, dándole un beso en la frente, y aliñándole los blondos rizos de su rubia cabellera, que partida á un lado y otro caía sobre su cuello de alabastro, con más gracia que los caireles de oro de los pontífices de Israel sobre la blanca túnica, en el día de las festividades del templo.

—¿Y mi padre?—preguntó Abed con inocencia infantil.

Tabita no pudo reprimir otro suspiro.

—¿No me dijiste,—continuó—no medijiste en la vigilia vespertina, antes de que el sueño cerrase mis párpados, que al despertar le encontraría á mi lado para ir á comer del corderillo escogido y de la lechuga silvestre?

—Sí... pero tu padre no ha venido.

—¿Quién le detiene?

Tan sencilla interrogacion despertó de pronto y por primera vez en el alma de la esposa de Gamul una sospecha terrible. Faltaba que el pasador de los celos hiriese su corazón; y la sú-

bita palidez que apareció en sus mejillas, y el fulgor que despidieron sus ojos quedando fijos en Abed por unos momentos, indicaban que habia sentido ya las primeras punzadas de tan funesta guma. Volvióse precipitadamente, tomó una ropa que doblada estaba encima de una mesa de cedro, y entregándosela á su hijo, exclamó con acentos entrecortados:

—Pronto, Abed, pronto... Vístete esta túnica de lana de Bether que te prepararon mis manos para este día... y vámonos.

—¿Á dónde?

—Á Jerusalem.

—¿Sin esperar?...

—Sí, sí; sin esperar... allí le encontraremos... allí le sorprenderemos... allí lo sabremos todo.

Y Abed saltaba por el aposento con alegría infantil, riendo sin poderse contener, desdoblando su flamante vestidura, y diciendo como si hablara consigo mismo:—Allí le encontraremos, como los hijos de Jacob encontraron á su hermano José en la corte de Faraon... Tú me contaste esta historia, madre mía...

—Ó como el profeta Natan encontró á David despues de la muerte de Urias, añadió Tabita por lo bajo, y procurando reprimir su agitación.

—Y me pareceré á Benjamin, cuando reciba las caricias de mi padre despues de ocho días de ausencia... y...

Tabita no escuchó más. Salió del aposento apresurada, ó con designio de tomar algunos óbolos para la súbita partida, ó (lo que creemos mejor) para que su hijo no viera el llanto que la infeliz tenía apremiante necesidad de verter. Abed continuó vistiéndose con indecible contento, su nueva túnica de lana de Bether, y aún no habia acabado de mirar el efecto que hacia sobre su delicado talle, cuando volvió Tabita trayendo un pan (*principio de la vida del hambre* como dice el Eclesiástico) y un tarrillo de miel de Engadi; con que lo endulzó, lo entregó á su hijo, y salieron de su casa, y á poco de la preciosa aldea, al mismo tiempo que el sol de las apartadas regiones que acababa de visitar.

¿Á quién los compararé cuando descendían de las colinas de Betania, cuando pasaban por debajo de las palmeras, agitadas suavemente por el aura de la mañana, cuando vadeaban el torrente Cedron para entrar en el valle de Josafat, y vencer despues la cuesta de la pomposa colina? Si la pluma en mi mano fuera como el pincel en las del inspirado artista, pintaría á Tabita como Esquibel nos ha representado á Agar reprochada por Abraham, llevando de la mano á



su hijo, y caminando llorosa á la tierra de proscripción; y dibujaría á Abed conducido por su madre y con el pan debajo del brazo, del mismo modo que nos ha hecho ver á Ismael en el precioso lienzo á que aludimos.

Tabita caminaba con una precipitación tal, que hacia correr á su hijo, pero cerca ya de la ciudad, paróse de repente viendo el camino cubierto de ramas de palma y oliva, que aún no del todo místicas, indicaban al parecer que pocos días antes habia hecho su entrada triunfal en Jerusalem algun famoso conquistador. La esposa de Gamul recordó entonces lo que la fama acababa de esparcir por todos los pueblos circunvecinos: le pareció escuchar aún los gritos de entusiasmo del pueblo judío, y el *Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor*: y como herida de súbita inspiración, empezó á abrazar y besar á su niño, quien sorprendido con tales demostraciones y rendido con el precipitado viaje, apenas podia respirar ni articular una frase para saber el motivo de tan repentina alegría, cuando Tabita exclamó levantando los ojos al cielo:

Gracias, Dios de mis padres, gracias. Tú has conducido mis pasos: Tú has tenido compasión de tu sierva: Tú has escuchado el clamor de mi alma: Tú vas á darme la felicidad en este día. Gracias; bendito seas. Y acariciando á Abed:—¿Te acuerdas, hijo mio, prosiguió; te acuerdas que hará un año, cuando sonaban las trompetas anunciando la neomenia, viniste conmigo también á esa santa ciudad, y recibiste tantas caricias, tantos halagos de aquel enviado de Dios, de aquel profeta, de aquel que decia á las madres con sin igual dulcedumbre: ¿Dejad que los pequeños vengán á mí?

Abed miraba dulcemente á su madre como procurando recordar, y callaba: Tabita proseguia:

—¿Te acuerdas que curaba á los leprosos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos y vida á los muertos, y alegría á los tristes, y consuelo á pobres, y pan á los hambrientos? ¿Te acuerdas?...

—¡El hijo del hombre! ¡Jesús de Nazareth!

—¡Él! ¡Él mismo!

—¿Y qué?

—¿Y qué! Hace buenos á los malos, entre los milagros que hace: vuelve al redil la oveja descarriada: nos volverá un padre á tí y un esposo á mí. Su voz es irresistible: su voz detendría el curso del Jordan, arrastraría los montes de la Judea, haría callar al trueno, que hubiera empezado á rugir.

(Concluirá).

Joaquín José Cervino.

## LA SOMBRA DEL PARQUE.

(SUEÑO Ó REALIDAD.)

(Conclusion.)

Muchas veces, durante aquel mes de agonía, habia tenido noticias de sus queridos hijos: se hallaban en el Parque en compañía de Antonio, el cual, siempre que le era posible, enviaba á su señora una protesta de adhesión y la aconsejaba que viviese tranquila por la vida de sus niños.

El desgraciado Antonio no podia prever el grave peligro que les amenazaba.

Aurora no pudo resistir aquel último golpe; cuando supo la horrible verdad, se volvió loca, y dos días despues sucumbió.

La voladura del Parque habia tenido lugar el 6 de Enero; el 15 del mismo mes entraba en la plaza el ejército vencedor, y los cartageneros pudieron contemplar los inmensos destrozos ocasionados por los proyectiles.

De aquella antes populosa y floreciente ciudad, solo veintisiete casas habian quedado ilesas.

### VI.

Como el ave fénix comenzó de nuevo Cartagena á renacer de entre sus cenizas. Las calles, plazas y edificios fueron poco á poco limpiándose y reconstruyéndose; pero cuando se intentó apartar los escombros del Parque y dar sepultura eclesiástica á los cuerpos allí hacinados, hubo que desistir de semejante proyecto. La opinión facultativa se opuso acertadamente, fundándose en que aparte del peligro que habia de que estallasen los proyectiles aún sin explotar, los miasmas producidos por la gran aglomeración de cadáveres, podrían ocasionar un azote tan temible ó más que el primero: la peste.

Las ruinas del Parque quedaron, pues, y aún permanecen intactas, tal como estaban despues de la explosión, siendo visitadas continuamente por multitud de personas que deseaban ver aquel ejemplo palpable de las consecuencias funestas que traen á los pueblos las pasiones políticas.

Poco tiempo despues de la entrada triunfal del ejército vencedor, fué cuando empezó á decirse que hacía la media noche aparecia en las ruinas una sombra blanca.

¿Quién la habia visto? Nadie podia decirlo; pero sin embargo, todos aseguraban que el fantasma existía.



La sombra, según se decía, desembocaba por entre las derruidas arcadas del ala derecha, recorría de extremo á extremo aquel vasto sepulcro, levantaba con suma facilidad los enormes trozos de muro, como buscando algún objeto, y tornaba á desaparecer por donde había venido.

La voz pública afirmaba que aquel blanco espectro era la sombra de Aurora S... que buscaba entre los escombros los cadáveres de sus dos hijos . . . . .

## VII.

Dos noches después de haber escuchado aquel trágico episodio, paseaba yo abismado en mis recuerdos por la muralla del mar.

El astro de la noche brillaba en todo su esplendor, rielando sus trémulos rayos sobre las tranquilas aguas del puerto.

Á mi frente se destacaba imponente y severa la negra silueta del castillo de San Julian; á sus piés se distinguían, de un modo vago y confuso, las blancas casas del barrio de Santa Lucía, y más allá una llanura inmensa rodeada de montañas.

Todo dormía en redor; solo llegaba á mis oídos el sordo rumor de las olas que se rompían dulcemente en la orilla, y el alerta de los centinelas que velaban en la muralla.

Mecido en alas de mi fantasía continué mi solitario paseo, cuando de pronto no pude menos de exhalar una exclamación de asombro.

Me encontraba delante de las ruinas del Parque.

Razon tenía mi amigo; el espectáculo que entonces se desarrollaba á mi vista era grandioso y sublime por su mismo horror. Á la derecha del edificio se veían algunos arcos que habían resistido á la acción terrible de la pólvora, pero que amenazaban derruirse á cada momento; más allá, algunos pilares permanecían en pié en un casi incomprensible equilibrio, y después... un verdadero monte de escombros entre los que había grandes trozos de muralla... ¡todo aquello cubriendo un pueblo entero de cadáveres!

¿Qué monumento más elocuente podría elevarse á la memoria de aquellas inocentes víctimas?

Sentéme en una piedra próxima á las ruinas, descubrí religiosamente mi cabeza y medité.

De pronto oí un triste gemido...

Vas á burlarte de mí, querido Augusto: ya veo asomar á tus labios una sonrisa de lástima y de incredulidad, pero hazlo sin temor. Ya te

lo dije al principio; no he de incomodarme aunque me taches de visionario!

De pronto, decía, oí un triste gemido; pero un gemido dulce, vago, melancólico, como el ruido de la brisa entre las ramas de un sauce.

Mis cabellos se erizaron; mi frente se inundó de sudor.

Á mi lado había una sombra blanca, suave, trasparente como una nube, que afectaba las formas de una mujer y que parecía contemplarme con una sonrisa más dolorosa que el llanto.

El extremo de su larga túnica y los pliegues del velo que se desprendía de sus sienes se mecían y desgarraban á intervalos, como se abre y vuelve á unirse á impulsos del céfiro el ténue vapor que brota de las aguas de un lago.

Extendió su brazo en dirección de las ruinas, murmuró un segundo gemido más triste y doloroso que el primero y se deslizó silenciosa y lenta hacia los escombros.

¿Era sueño ó realidad lo que veían mis ojos? ¿Sería tal vez una fiebre producida en mi mente por la trágica historia de Aurora? Lo ignoro; pero es lo cierto que yo contemplaba su sombra que se detenía á veces como buscando alguna cosa, y continuaba después su marcha progresiva moviendo tristemente la cabeza.

Permaneció inmóvil algunos momentos en el límite de las ruinas, me miró otra vez, hizo con su mano una ligera seña de despedida y se perdió confusamente entre las oscuras galerías de la izquierda.

Entonces procuré volver en mi acuerdo; me incorporé haciendo un supremo esfuerzo y miré en mi redor.

¡Nada! La soledad y el silencio reinaban por doquier . . . . .

Te confieso, Augusto, que no me he atrevido á volver á visitar por la noche aquel sitio, y que si alguna vez he tenido que atravesarlo por el día no he podido menos de estremecerme al recordar la *sombra del Parque*

Salvador Perez Montoto.

Á LA SRA. D.<sup>a</sup> MARÍA DE LAS MERCEDES SOLER.

DOLORA.

Ruge airado el huracán  
Y ruedan turbias las olas;  
Las nieblas tendiendo van  
Negro manto, y en su afán  
Al fin logran reinar solas.



Llevada del aquilon  
Y en altos mares perdida  
La náufraga embarcacion  
Vé con grata sensacion  
De un faro luz encendida.

Y postrado allí de hinojos  
La luz bendice el marino.  
—Calma tu virtud enojos...  
¡Benditos sean tus ojos  
De virtud faro divino!

Todo es farsa: miente el viejo,  
El mozo á su padre engaña,  
Miente el que presta consejo,  
El seguido de cortejo  
Y el que duerme en la cabaña.

El dolo al justo sofoca,  
Que entre tanta oscuridad  
La pura verdad no toca:  
—¡Bendita sea tu boca  
Que habla siempre la verdad!

Bendito Dios que en su anhelo  
Entre ráfagas de luz  
De arcángeles priva al cielo  
Para que exista en el suelo  
La verdad y la virtud.

Francisco Jimenez Campaña.

## AL PIÉ DE UN ALTAR.

*Regina Virginum,  
ORA PRO NOBIS.*

Porfirio habia visto á Leila y quiso saber cual era su morada.

La casualidad tal vez los habia unido de nuevo como quizá iba á unir su vida un decreto superior.

La profunda impresion que la mirada de la jóven habia causado en el alma del peregrino, volvió á reproducirse entonces con más fuerza que la vez primera.

Ninguno de los servidores de Aben-Said, excepto Aglae, se apercibió de la presencia de Porfirio ni de la insistencia con que les seguia.

El jóven iba lejos, y sin embargo, cada uno de sus pasos hallaba un eco en el corazon de Leila, que los sentia resonar todos á pesar de la distancia.

Despues de algun tiempo de marcha por las tortuosas y estrechas calles de Jerusalem, Aben-Said se detuvo ante una de las casas de mejor

apariciencia, cercada por una tapia baja, aunque recién construida, y penetró en ella seguido de los dos criados, y de Leila y su esclava, que de intento sin duda se habian quedado un instante atrás.

Antes de traspasar el dintel de la puerta la jóven tuvo tiempo de ver á Porfirio inmóvil y mudo á algunos pasos de ella.

Allí, en aquel sitio, permaneció algun tiempo clavado por una mano invisible, aunque sin esperanza alguna de ver á la hermosa niña que empezaba á dominar su corazon y su pensamiento.

Al fin, y ya de noche enteramente, volvió á su posada donde Florian y sus demás compañeros le aguardaban con impaciencia.

—Habeis hecho mal en aventuraros solo por las calles de la poblacion,—dijo el guia,—dirigiéndose á Porfirio, sobre todo siendo tan nuevo en ella, y habiendo cerrado la noche.

—¿Y por qué habia de temer llevando armas? contestó el jóven con acento resuelto.

—Hijo mio,—murmuró Florian,—acuérdate que aquí hemos venido á orar y acercarnos á Dios, tan solo.

—Es verdad, padre; perdóname; yo seré en adelante más prudente, te lo prometo.

Florian estrechó con ternura la mano de su hijo, y este se alejó de su lado procurando acercarse al guia.

Cuando Porfirio halló un momento oportuno y estuvo seguro que nadie le observaba,

—Tengo que hablarte,—le dijo quedo,—y poniendo en su mano algunas monedas, tengo que hablarte en secreto.

—Está bien,—respondió Guillermo, en voz muy baja tambien.

—¿Puedo contar contigo?

—¡Ya le creo, señor! Yo sirvo bien á quien me paga generosamente y ya veo que vos...

—Calla, y esperemos á que todos duerman esta noche.

—Sí,—respondió el guia—el cansancio es un poderoso auxiliar del sueño y nuestros compañeros deben estar rendidos todavía.

—Hasta luego, pues, y silencio—dijo Porfirio.

—Hasta luego, señor,—murmuró á media voz Guillermo.

Habian pasado dos dias ya.

Los peregrinos recorrieron algunos de los santos lugares que habian venido á visitar, pocos á juzgar por su impaciencia, muchos segun las dificultades que habian tenido que vencer.

Porfirio mas jóven, mas entusiasta é incansable que sus compañeros, habia obtenido de su



padre el permiso de hacer solo con el guía algunas escursiones, consiguiendo con esto, quedar en una completa libertad.

Esta libertad habia sido aprovechada por el jóven de muy distinto modo del que el anciano pensaba.

En aquellos dos dias, Porfirio no solo habia logrado saber quién era la bellísima desconocida, si no que á fuerza de oro habia hablado con la esclava Aglae, con aquella pobre mujer, que en medio de su desgracia amaba su esclavitud, porque por ella abrigaba la esperanza de derramar en el corazon de Leila la luz de la fe que iluminaba su alma.

Aglae, sola en el mundo, sin familia, sin bienes, no tenia más amor que el de aquella niña á quien habia servido de madre, y de quien no queria seperarse porque la juzgaba una hija.

Leila pagaba aquella ternura con un inmenso cariño, pero jamás se le ocurrió que la esclavitud podia ser una desgracia para Aglae, á quien por otra parte trataban todos con mas consideracion que á los otros servidores.

Leila, que no tenia secretos para ella, le habia mostrado su corazon, y grabada en él la imagen de aquel gallardo extranjero cuyo nombre ignoraba, pero cuyo recuerdo no podia borrar de su mente.

La anciana, que habia creido encontrar un poderoso auxiliar en Porfirio, para realizar los ardientes deseos de su corazon, le habia acogido con alegría y habia escuchado de sus labios con un inmenso júbilo, la confesion de su naciente interés por Leila.

Aglae supo que Porfirio, hijo único del anciano Florian, rico, noble y ferviente cristiano, habia venido á la tierra santa en alas de la fe religiosa que atesoraba en su pecho. Supo tambien que el anciano soñaba para su hijo con la alta dignidad del sacerdote, y que el primer ruego que murmuraba diariamente su boca, era encaminado á que el cielo le mostrara de un modo claro la vocacion del jóven para el estado á que le destinaba.

Sin embargo, Florian que habia derramado en el pecho de su hijo la semilla de la fe, que habia iluminado su razon con la clara luz de las verdades eternas, que habia procurado levantar su espíritu del lodo del mundo y dirigir su esperanza á una felicidad más pura, más imperecedera, más eterna que la que en la tierra podia hallar: no habia pensado jamás en emplear el mandato ni aun el ruego para inclinarle á ser ministro del Señor.

Al proyectar alejarse por algunos meses de su pátria, para dirigirse á los santos lugares,

—Allí,—habia dicho; allí pediremos ambos al cielo que nos ilumine para decidir del porvenir.

Pero el jóven que aún vacilaba, el jóven que á pesar de ser un modelo de piedad y de virtudes cristianas, no se habia resuelto aún á consagrarse á Dios, vió á Leila y sintió en su alma un impulso desconocido que le arrastraba hácia ella.

Y no era solo por su perfecta y purísima hermosura, admirada solo un instante á la luz del cielo de Judea; no era por la mirada de sus dulces ojos, casta y humilde y tímida como las blancas cerbatillas que pastan en las praderas del valle de Zabulon, no era por la blancura de su frente nítida y diáfana como las espumas del ancho mar de Tiberiades: no era por su airoso porte, gallardo y majestuoso como los altos cedros del Líbano: era porque en la luz de aquellas pupilas, y reflejándose sobre aquella frente, habia visto un alma hermana de su alma, un espíritu compañero de su espíritu; algo que Porfirio no sabia definir, pero que tenia mucho de inmaterial y celeste como debe ser el amor que en el cielo se profesan unos ángeles á otros.

Por eso y con el anhelo pintado en el semblante y el acento impregnado en el ruego, habia pedido á Aglae que le proporcionase una entrevista con la jóven, y habia conseguido que accediese á sus súplicas agotando todos los medios y venciendo todas las dificultades.

—Aguardad hasta mañana, le habia dicho al fin la anciana; aguardad hasta mañana, en que mi señor debe abandonar por algunos dias la ciudad, y yo os prometo que se cumplirán vuestros deseos sin que corramos peligro alguno.

—Pero ¿accederá vuestra señora?—habia preguntado Porfirio, temblando de emocion ante aquella esperanza.

—Sí accederá,—murmuró Aglae mirando profundamente al jóven; sí accederá, porque la hija del anciano árabe ha fijado sus ojos en el hijo de la cruz, y su corazon se ha estremecido y en sus mejillas han brotado las rosas, sembradas quizá por el primer pensamiento de amor.

Porfirio escuchó aquellas palabras con un placer indecible, y se hizo repetir una por una todas las frases que Leila habia pronunciado desde que le viera por primera vez.

Satisfecho y llevando en su pecho la más dulce de las esperanzas, se separó de Aglae para contar los instantes que aún tenia que aguardar para ver realizado el más hermoso de sus sueños.

Las horas de aquel dia fueron para él largas é interminables como una noche de dolor.



Por primera vez ocultaba á su padre sus pensamientos y sus proyectos, y por primera vez tambien recibia distraido sus afectos y sus caricias.

El tiempo es un puñado de menuda arena que se desliza de nuestra mano sin que podamos tenerla. Cada grano es un instante de vida que se nos escapa, un paso que damos hácia la eternidad.

Y sin embargo, á veces quisiéramos tirar muchos de ellos en el vacío sin pararnos á meditar su precio, ni que con ellos arrojáramos tambien las contadas horas de nuestra existencia.

Porfirio hubiera acertado algunos años de la suya, por ver aproximarse el instante que deseaba.

Aquel momento llegó por fin, y la luna apareciendo en la mitad del cielo, marcó la hora en que la esclava de Leila le aguardaba.

Era la media noche, Florian dormia, y su hijo seguido del guia salió de la casa que les daba hospedaje y se dirigió al sitio en que debia esperarle Aglae.

La anciana, acompañada de la hermosa niña confiada á su cuidado, habia descendido al inculto jardin que rodeaba la casa y allí ocultas bajo las ramas de un cinamomo en flor, habia dicho á la jóven con acento recatado.

—Espera aquí, yo voy á hacer la seña convenida.

Y dando algunos pasos que se perdieron en el silencio de la noche, llegó hasta un extremo del huerto en que la pared era más baja y más practicable.

Entonces buscó en deredor un objeto con que hacer la señal convenida, y á la suave claridad de la luna distinguió cerca de sí un prado de azucenas que se mecian imperceptiblemente al roce del viento.

Cortó una de sus varas cargadas de flores, y la arrojó con fuerza por cima de la tapia.

Las azucenas fueron á caer á los piés de Porfirio que esperaba impaciente allí.

El jóven las levantó del suelo, aspiró su perfume, y murmuró con voz conmovida.

—Bendita seais, mensajeras de una ventura tan nueva como anhelada: benditas seais, y haga el cielo que este primer sentimiento de amor que llena mi alma, sea tan puro como vuestra blancura y tan inmaculado como vuestro cáliz!

El jóven guardó las flores entre sus ropas y con una agilidad inconcebible escaló la tapia, encontrándose un instante despues al otro lado y junto á la anciana Aglae.

Venid, señor,—dijo la esclava;—allí os espera Leila, mi jóven señora.

Porfirio la siguió, y cubiertos por la sombra de los árboles, cruzaron el huerto y llegaron al sitio en que la hermosa niña se encontraba.

Leila estaba de pié, inmóvil y muda sujetando con una de sus manos los latidos de su virgen corazón y con la otra plegando el blanco velo que la envolvía, dándole el aspecto de una castísima aparición celestial.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## VARIETADES.

### LA VIRGEN DEL LOURDES.

La «Semaine Religieuse» de Autum ha publicado, y los periódicos católicos de Italia han reproducido, las siguientes líneas:

«Acaba de tener lugar en Macon la ceremonia de la colocacion de una imagen de Nuestra Señora del Lourdes en la capilla del Hospital militar.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que recordemos las conmovedoras circunstancias de la ereccion de esta imagen.

Un antiguo sargento que tenia veinticinco años de servicio, enfermó y fué trasladado al Hospital.

Las buenas hermanas no solo se preocuparon con dar alivio á aquel cuerpo enfermo, sino que procuraron aliviar tambien el alma del doliente. Pero resultó que el enfermo era incrédulo.

Las buenas hermanas, lejos de desmayar en la empresa, recurrieron á las oraciones.

Por aquellos dias, la obra de Enrique Lasserre, sobre Nuestra Señora de Lourdes, era la lectura-espiritual de las buenas hermanas.

Una hermana tuvo la inspiracion de proponer á sus compañeras que celebraran una novena á Nuestra Señora de Lourdes por la conversion del antiguo sargento. Terminada la novena, pasando una hermana por cerca de la cama del doliente, vió que la llamaban.

—Señora, ¿quiere V. escuchar una palabra?

—¿Que quereis?

—Tened la bondad de llamar al sacerdote, pues tengo precision de hablarle.

Este, advertido por la hermana, se apresuró á acudir al llamamiento del paciente.

El bravo militar pidió que se le oyera en confesion y que se le administraran los Santos Sacramentos. Algunas horas despues una hermana pasó nuevamente por cerca de la cama del enfermo.

—Hermana, dijo el sargento.

—¿Que quereis, amigo mio?

—Tomad este reloj y mi porta-monedas, en el que hallareis quince liras. Con este dinero y con el precio del reloj necesito que se compre una estatua de Nuestra Señora de Lourdes. Deseo que se la coloque sobre un altar en esta sala, para que, así como me he convertido por intercesion de Nuestra Señora de Lourdes, se conviertan otros companeros de armas.

El domingo siguiente el bravo militar espiró. Despues que la intencion del sargento fué conocida, algunos soldados que se hallaban enfermos en la misma sala, quisieron contribuir con su óbolo á la adquisicion de la estatua, y algunos meses despues, el digno Sacerdote del establecimiento bendijo en presencia de las autoridades y de gran número de oficiales del ejército la ofrenda del antiguo sargento.»